

En torno a Carta a un joven, de P.A.C.

(P.A.C., Pablo Antonio Cuadra, actual director del diario capitalino La Prensa.)

Nosotros marxistas, conocemos el alcance y valor de la crítica que la “joven iglesia” hace del capitalismo y estimamos muy cerca nuestra actitud de rebeldía y de lucha que algunos elementos de su seno han emprendido contra el sistema social imperante. En cierta manera y en cierta parte, somos herederos de los valores de protesta social y de crítica histórica que el cristianismo, al igual que otras ideologías, han expresado. Pero no nos engañemos, somos radicalmente diferentes. No obstante la continuidad, hay la discontinuidad y la contradicción; ruptura radical del marxismo con toda ideología u otra teoría. Vamos a decirlo claramente.

El cristianismo, como toda ideología religiosa, al trazar el destino humano hace de Dios y su proyección en el hombre el principio y el fin de todo. Se perciba o no (y hay que conocer los mecanismos de la ilusión para saber de lo que es capaz), esta concepción tiene como presupuesto una esencia del hombre; el hombre real existente es pensado en relación a rasgos esenciales, a un ideal, a una idea que se tiene del hombre. Toda la actividad humana, el desarrollo histórico, permanece así determinado por una visión axioteológica del hombre; la conciencia del hombre determina su existencia. La historia se entiende como la realización —o como la negación de esta realización— de valores humanos que el hombre lleva en sí (fraternidad, amor, libertad, bondad, etcétera). Como no se pueden explicar los intrincados mecanismos de las relaciones sociales, se las piensa de invención humana o trazadas por el dedo de Dios. Esta limitación de la comprensión histórica ha sido superada por el marxismo. En efecto “no es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino que, por el contrario, es su existencia lo que determina su conciencia”. La historia no se comprende a través del hombre, sino los hombres y sus relaciones sociales en relación con su época, en relación al período social económicamente dado. Los hombres han hecho la historia pero la han hecho en determinadas condiciones de su existencia. Los hombres no tienen una naturaleza determinada ni absoluta sino que la producen, están produciendo continuamente en el devenir histórico, en

que cada período es definido por un modo de producción económico característico; al cambiar las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus actitudes, sus conceptos, su conciencia. En resumen, a cada modo de producción corresponden formas definidas de existencia humana que se mueven dentro de determinadas relaciones sociales; y en la situación en que vivimos nosotros los nicaragüenses —modo de producción capitalista—, sociedad dividida en clases, donde la burguesía es la clase dominante-explotadora y el proletariado la clase dominada-explotada. Estas relaciones sociales son relaciones de clase y de lucha de clases.

Esta diferenciación teórica es la base de la política y de las actitudes políticas diferentes entre el cristianismo y el marxismo. El cristianismo en su crítica de la sociedad capitalista suprime las diferencias, la división y la lucha de clases en la universalidad vacía de la abstracción hecha del hombre y de su esencia preconcebida. El cristianismo critica el contenido del capitalismo y su productividad misma. El marxismo pone de manifiesto y reconoce que la historia de la sociedad ha sido hasta ahora una constante lucha de clases con modalidades diversas según las épocas. El marxismo denuncia el capitalismo pero no la producción misma. La iglesia, con su doctrina socio-histórica basada en la naturaleza del hombre, pide el respeto al derecho de la persona del asalariado al tiempo que reivindica el derecho de la clase explotadora a la propiedad privada sobre los medios de producción. El marxismo exige la supresión de la propiedad privada de los medios de producción y con ello la supresión del asalariado, es decir, de la explotación de clase y sus consecuencias.

Dice P.A.C. que el cristiano ayuda al prójimo, cualquiera que éste sea. También el marxista puede dar ayuda a su “prójimo” cualquiera que éste sea, pero la dará a título personal. El marxista no puede fundar en esa bondad total-totalizante de relación con el prójimo, cualquiera que éste sea, una práctica política coherente y efectiva. El marxismo es la teoría revolucionaria del proletariado; es la visión histórica de la clase obrera, que señala, antes que nada, la visión histórica del proletariado que es abolir la explotación y la lucha de clases. Los marxistas, que son la vanguardia del proletariado, su fracción más decidida y consciente, proporcionan su ayuda primero, antes que nada, a los proletarios. Nuestra lucha revolucionaria tiene por objetivo el

fin de la explotación del hombre, la liberación del hombre, pero históricamente debe tomar primero la forma de fin de la explotación de clase, liberación del proletariado a través de la democracia para los trabajadores o dictadura del proletariado (dictadura sobre los opresores); al final, la emancipación del proletariado es la de todos los seres humanos sin distinción alguna (incluso los capitalistas, aunque no lo pidan o más bien se oponen tenazmente).

Pero ahondemos un poco más en esta bondad absoluta —o generalizada para todas las clases sociales sin discriminación—. Antes quiero aclarar que no pongo en duda las serias razones ideológicas y morales que P.A.C. tiene para señalar su camino. Nosotros sabemos que los valores humanos no son absolutos (la bondad entre ellos) y que en una sociedad dividida en clases son distribuidos según un criterio de clase; esto es que los valores humanos han existido siempre, de hecho, como privilegio particular-clasista y limitados histórica y esencialmente por el modo de producción dado. Y para ejemplificar con un tema tan traído y tan llevado como es el de la libertad: en la antigüedad, la libertad consistía en el dominio consciente que ejercía el amo sobre el esclavo, y se justificaba sobre la base de que el esclavo era inferior al hombre libre; el esclavo como bien mueble, no tenía libertad ni nominal ni real. En el feudalismo se siguió pensando que la libertad consistía en el dominio consciente del hombre, pero ya no se realizaba de una manera completa, puesto que estaba limitado por el sistema de estamentos que incluyen al siervo como integrante de la comunidad; las leyes del universo, se decía, señalan que no todas las cosas tienen un orden igual, sino las bajas a través de las intermedias, y éstas a través de las altas; el siervo tiene libertad para ser siervo. Con el advenimiento de la “libre competencia” de la sociedad capitalista, el dominio del capitalista sobre el proletariado se disimula con el intercambio de mercancías; el trabajador es “libre” para vender su fuerza de trabajo en el mercado libre; los hombres se piensan como seres independientes y libres para entrar en relación y comunicación mutuas; el obrero es “libre” de vender su mercancía-fuerza de trabajo para no morirse de hambre. Estas ilusiones-suposiciones se han aceptado como de validez absoluta en cada época histórica, aunque en realidad fueran determinadas históricamente por la posición y las relaciones de clases de la época dada. La bondad corre la misma suerte, y un examen histórico y otro examen experimental a nivel de la realidad actual lo demostraría.

Nosotros creemos que la verdad universal escamotea la lucha de una clase contra otra; P.A.C. parece convencido de haber superado la “estrechez” de la política y el pensamiento marxista al negar la lucha de clases y defender, no los intereses del proletariado, sino los del hombre, del ser humano que no pertenece a ninguna clase social y que por ello no existe en la realidad social sino en la abstracción filosófica o en la imaginación religiosa. En una sociedad de clases la bondad ha de distribuirse de acuerdo a la desigualdad si queremos desandar la injusticia social de las clases dominantes. Desigualdad de derechos en favor de los más desfavorecidos, prioridad a los trabajadores en cuanto a derechos y satisfacción de necesidades, ayuda económica al estudiante que verdaderamente lo necesita y sólo a él, cesión de tierras a quienes verdaderamente la trabajan, etcétera, y esto sin discontinuar la lucha para poner fin a la explotación. Los marxistas somos tanto o más sensibles al dolor y la miseria, pero buscamos la forma de abordarlos para solucionarlos definitivamente; no se trata sólo de reconocer los derechos humanos, de hacer bondades y de amar, sino de solucionar prácticamente los problemas humanos planteados por una determinada realidad. Y tiene razón P.A.C. cuando dice que hay que combatir el mal = capitalismo cada día. Hay que luchar cada día hasta cortarlo de la raíz. Vamos a construir pero antes hay que destruir. El comunismo procura los medios para alcanzar la felicidad = organización racional de la existencia colectiva e individual, pero hay que luchar y trabajar para alcanzarlo.

“Todo paso hacia el bien es bueno”. Sí y No. Todo paso efectivo que tienda hacia el bien del proletariado: destrucción definitiva de la explotación de clase, es bueno. Todo paso que tienda, por bueno que sea, a la consolidación o simple justificación de la dominación de clase de la burguesía y por ello de la explotación de clase, es malo. Pondremos un ejemplo de este último: campañas contra el desempleo, campañas contra el hambre, campañas contra la miseria. Todo esto no son más que cortinas de humo para el pueblo y para la tranquilidad de las buenas conciencias, a menos que ataquen la raíz del problema, destrucción de la explotación de clase; de lo contrario, lo que hacemos es sacarle las castañas del fuego al capitalismo que no puede solucionar estos males, menos dejar de producirlos. Hay una verdad adicional señalada por Carlos Fonseca y es que no podemos engancharnos en tales campañas por el consumo absorbente de energías y capacidades que podrían tener mejor empleo en la lucha revolucionaria.

ria de clases. Este Sí y No es proyección de la contradicción inherente a todas las ideologías místicas que como el cristianismo tienen una fuente popular. En la medida en que es expresión de la miseria y una protesta contra ella, bajo una dirección revolucionaria puede convertirse en movimiento eficaz; si falta esa dirección, la clase gobernante hace uso de ella para desviar la atención de los verdaderos problemas y tareas, a manera de consolidar su dominación y la explotación de clase. ¿Podemos nosotros, marxistas, unirnos al gobierno somocista en una campaña alfabetizadora por bien intencionada que sea, sin traicionar nuestra condición y sin desviarnos de la verdadera lucha?

El capitalismo es el modo de producción más destructor del género humano, y no por accidente sino por esencia misma; males como el hambre, el desempleo, la servidumbre, la desocupación moral, la guerra, la explotación en todos sus aspectos, le son inherentes. El capital no tiene por objeto-objetivo la satisfacción de las necesidades de los productores-trabajadores sino la necesidad de la plusvalía de los dueños de los medios de producción. Si se interesa por los trabajadores lo hace obligado por las demandas de las luchas sociales y siempre en los límites de su beneficio; el capital se interesa por los obreros como productores pero no como hombres. Y mientras más desencadenada es la carrera por la plusvalía mayores males se desencadenan. Esto es objetivo y no se realiza por el deseo o la acción finalista de los hombres; el capital se ha apoderado de ellos y los somete a sus leyes.

A pesar de todo, es gracias a este espantoso derroche de energías y vidas como se asegura el desarrollo de los hombres en general; de la destrucción del sistema capitalista surgirá la liberación del hombre. Porque el capitalismo lleva en sí mismo su propia muerte; junto a la clase capitalista nace la clase trabajadora; esta última débil al comienzo, con la decrepitud y descomposición de la clase capitalista se halla fuerte. Porque junto al crecimiento de la miseria, de la degradación, de la opresión, de la explotación, surge la indignación de la clase revolucionaria, surge más decidida, disciplinada, monolítica, organizada y combativa. Uno no quiere, personalmente, llegar al fondo del barril, pero la clase capitalista empuja hacia ello. De todas maneras saldremos a la superficie. En Nicaragua las fuerzas revolucionarias aún son débiles, pero se desarrollan rápidamente; la muerte no alcanza a destruir la florecencia. Junto a una conciencia de la necesidad del cambio nacen fuertes la decisión y la capacidad para realizar el cambio. Las expresiones “entre más podrido más pronto estalla” y “la

única bondad es cambiar todo esto” reflejan: 1) El nivel de conciencia correspondiente a las condiciones económico-sociales-político-morales “inhumanas” dominantes en nuestra realidad, y 2) El deseo y la intención de negar esas condiciones dominantes y la tendencia decidida a buscar la solución de las necesidades sociales en otro modo de producción superior.

Que el cambio se realice de manera pacífica o violenta depende principalmente de la clase dominante. Pero ésta no quiere abandonar sus posiciones y las defiende haciendo uso de la fuerza y la violencia. El sistema capitalista es generador de la violencia. Violencia encubierta y violencia abierta, intencional y dirigida. ¿Es necesario hacer memoria de los crímenes, robos, despojos, desempleos, salarios de hambre, huelgas, analfabetismo, despojo de tierras, presos, torturas, muertos, acciones del ejército y de la seguridad, etcétera, cuando son formas de violencia que a diario se realizan? Cuando las circunstancias generan, toleran y favorecen la violencia, el comportamiento violento tiene el terreno preparado. Cuando las fuerzas revolucionarias hacen uso de la violencia organizada lo hacen para oponerse y destruir la violencia organizada de la clase dominante. ¿Podemos, debemos no hacer uso de la violencia ante la inexistencia del cambio del poder político, ante la negación efectiva de las necesidades del proletariado, ante la sobredeterminación de la Guardia, de la Seguridad, del grupo de la burguesía en el poder, de la intervención cómplice del *US Army*, de la CIA? Saque P.A.C. todas las consecuencias que esto implica. Hay que destruir el poder de sustentación de la clase gobernante.

La polarización de fuerzas es un proceso objetivo del desarrollo de la lucha de clases. Y la violencia es la lucha de clases en su punto más alto. En uno de los polos se hallan las fuerzas reaccionarias y en el otro polo las fuerzas revolucionarias que marchan aliadas con todas las fuerzas progresistas. Indudablemente, que mientras más amplia sea esta alianza, mayores posibilidades hay de hacer más corto el camino.

Cárcel de La Aviación, 1969